

A close-up photograph of Diego Maradona. He is wearing a blue soccer jersey with white trim on the sleeves. He has his hands pressed against his mouth, with his fingers spread, in a gesture of surprise or intense emotion. He is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a blurred green field, likely a soccer pitch, with a crowd of spectators visible in the distance. The lighting is bright, suggesting an outdoor setting during the day.

Yo soy
EL DIEGO

Diego Armando
MARADONA

Diego Armando Maradona (Buenos Aires, 1961), jugador zurdo, poseedor de una extraordinaria técnica y una singular destreza con el balón, destacó pronto en una época marcada por la paulatina desaparición de las grandes figuras del fútbol. Internacional desde los 16 años, en su meteórica carrera pasó el F.C. Barcelona (con quien conquistó la Copa del Rey y la Copa de la Liga), en una estancia polémica, donde se ganó decididos partidarios y apasionados detractores. Pasó hacia tiempo, por sobrados méritos, a la galería de hombres ilustres, de genios del deporte, que arrasan masas y corazones. Su historia, con tintes de melodrama, está en boca de todos. Pero, hay cosas que están sólo acá adentro, en mi corazón y que nadie sabe, dice Maradona en este libro. ¿Quién puede saber qué pasaba por su cabeza antes de dormir, en una piecita de dos por dos, en Fiorito, acompañado por sus siete hermanos? ¿Quién osaría afirmar cuál fue su mayor alegría y su peor tristeza? Nadie mejor que el propio Diego, perdón, El Diego... de la gente, como a él le gusta ser y que lo llamen. Desde sus humildísimos orígenes, hasta la mayor de las glorias, pasando por cada una de sus muertes y sus respectivas resurrecciones, por las definiciones de sus amigos y sus enemigos, todo queda relatado aquí, en este libro, en primera persona, donde se descubre un Maradona íntegro y también íntimo. Un Maradona que se confiesa sin reservas.

*A Dalma Nerea y Gíaninna Dinorah Maradona.
A mis viejos, Chitoro y Tota.
A mi mujer, la Claudia.
A mis hermanos, el Lalo y el Turco.
A mis hermanas, Ana, Kity, Lili, Mary y Caly.
A mi amigo, Guillermo Cóppola.
Y a todos los futbolistas del mundo.*

*A Fidel Castro y, por él, a todo el pueblo cubano.
A Rodrigo.
A Carlos Menem.*

A todos mis sobrinos.

*A todos los Cebollitas.
A todo Fiorito.
A los napolitanos.
A los hinchas de Boca.
A la gente de La Quiaca.
A Francis Cornejo.*

*A Caniggia y sus hijos.
A Marito Kempes.
A Claudio Husain, el Turu Flores, el Turco Asad y el Rifle
Pandolfi.
A la memoria de Juan Funes.
A Julio Grondona.
A Ciro Ferrara.
A Salvatore Bagni.
A Rivelinho.*

*A Agustín Pichot.
A los chicos del voley.*

*A Emiliano Díaz, el hijo de Ramón.
A los abogados que sacaron a mi amigo de la cárcel.
A Carlos.
A Salvatore Carmando.
A Quique y a Gabriel.*

*A Los Piojos.
A Charly y a Calamaro.
A Lauría.
A Gabriel.
A Ornar.
A Leo.
A Fede Ribero y Andrea Burstein.
A todos los pibes de Tortugas.
A Cristian de Las Cañitas.*

*Al doctor Oliva.
Al doctor Lentini.
Al Ciego Signorini.
Al Renegado Villamitjana.*

*Al Negro Avila.
A Costy Vigil.
A la gente del Cristóforo Colombo.
A Shaquille O'Neal, Michael Jordan y las torres gemelas de
San Antonio.
A Nestitor.
Y por último, a mi corazón y a Dios.*

EL ORIGEN

Villa Fiorito, Los Cebollitas, Argentinos Juniors, Selección Argentina

*A mí, jugar a la pelota me...
me daba una paz única.*

Empiezo este libro en La Habana. Por fin me decidí a contar todo. No sé, pero siempre me parece que quedan cosas por decir. ¡Qué raro! Con todo lo que ya dije, no estoy seguro de haber contado lo importante, lo más importante.

Acá, por las noches, mientras aprendo a saborear un habano, empiezo a recordar. Es lindo hacerlo cuando uno está bien y cuando a pesar de los errores no tiene de qué arrepentirse.

Es bárbaro recorrer el pasado cuando venís desde muy abajo y sabes que todo lo que fuiste, sos o serás, es nada más que lucha.

¿Saben de dónde vengo? ¿Saben cómo empezó esta historia?

Yo quería jugar, pero no sabía de qué quería jugar, no sabía... No tenía ni idea. Yo empecé de defensor. Me gustó siempre y todavía me seduce jugar de líbero, ahora que apenas me dejan tocar una pelota porque tienen miedo de que mi corazón explote. De líbero miras todo desde atrás, la cancha entera está delante tuyo, tenés la pelota y decís, pim, salimos para allá, pum, buscamos por el otro lado, sos el dueño del equipo. Pero en aquellos tiempos, ¡ma' qué lí-

bero ni líbero! La cosa era correr atrás de la pelota, tenerla, jugar. A mí, jugar a la pelota me... me daba una paz única. Y esa sensación —la misma, la misma— la tuve siempre, hasta el día de hoy: a mí dame una pelota y me divierto y protesto y quiero ganar y quiero jugar bien. Dame una pelota y déjame hacer lo que yo sé, en cualquier parte. Porque la gente, la gente es importante, la gente te motiva, pero la gente no está adentro de la cancha. Y donde uno se divierte es adentro de la cancha, con la pelota. Eso hacíamos en Fiorito y eso mismo hice siempre, aunque estuviera jugando en Wembley o en el Maracanã, con cien mil personas.

Lo que pasa es que nosotros, en Fiorito, allá en la villa, desafiábamos mucho más que eso. Desafiábamos al sol. Mi vieja, la Tota, que me cuidaba y me mimaba todo el tiempo, me decía: *Pelu, si vas a jugar... después de las cinco, cuando caiga el sol*. Y yo le contestaba: «Sí, mami, sí, mami, quédate tranquila». Y salíamos a las dos de casa, con mi amigo el Negro, con mi primo Beto o con quien fuera, y a las dos y cuarto ya estábamos jugando, dale que dale, ¡bajo el rayo del sol!, y no nos importaba nada y nos matábamos... A las siete, por ahí, parábamos un rato, pedíamos agua en alguna casa y seguíamos. Jugábamos en la oscuridad, igual. Y ahora por ahí escucho algunos que dicen *eh, en tal cancha falta luz*, ¡si yo jugaba a oscuras, hiju'e puta! Yo no sé si nosotros éramos chicos de la calle; más vale éramos chicos del potrero. Si los viejos nos buscaban, sabían donde encontrarnos. Ahí estábamos, corriendo detrás de la pelota.

Los sábados y los domingos era así, todo el día. Y los días de semana también, desde las cinco, porque tenía que ir al colegio. Yo iba al Remedios de Escalada de San Martín, justo ahí, frente a la estación Fiorito. Al colegio me lo bancaba porque me lo tenía que bancar, por el hecho de no defraudar a mi viejo y a mi vieja, que me compraban el delantal y me llevaban y porque sospechaba que ahí iba a te-

ner la oportunidad de poder ir a un club o de poder jugar a la pelota. Todo lo que hacía, cada paso que daba, tenía que ver con eso, con la pelota. Si la Tota me mandaba a buscar algo, yo me llevaba cualquier cosa que se pareciera a una pelota para ir jugando con el pie: podía ser una naranja, o bollitos de papel, o trapos. Así subía las escaleras del puente sobre las vías, saltando en una pata, la derecha, y llevando lo que fuera en la zurda, *tac, tac, tac...* Así iba hasta el colegio, también, o cuando la Tota me mandaba a hacer algún mandado. La gente me cruzaba y me miraba, no entendían nada. Los que me conocían ya no se sorprendían. Eran mis amigos, los pibes con los que compartía todo, hasta una porción de pizza. Sí, nos íbamos cuatro o cinco a La Blanqueada, al toque de Puente Alsina, donde todavía hoy se hace la mejor pizza del mundo, y nos comprábamos una única porción entre todos —para más no daba—, y la comíamos así, un mordiscón cada uno.

Tengo un recuerdo feliz de mi infancia, aunque si debo definir con una sola palabra a Villa Fiorito, el barrio donde nací y crecí, digo *lucha*. En Fiorito, si se podía comer se comía y si no, no. Yo me acuerdo de que en invierno hacía mucho frío y en verano mucho calor. La nuestra era una casa de tres ambientes, je... Era de material, un lujo: vos pasabas la puerta de alambre de la entrada y ahí había como un patio de tierra; después, la casa. El comedor, donde se cocinaba, se comía, se hacían los deberes, todo, y las dos piezas. A la derecha estaba la de mis viejos; a la izquierda, no más de dos metros por dos, la de los hermanos... De los ocho hermanos. Cuando llovía había que andar esquivando las goteras, porque te mojabas más adentro de la casa que afuera. O sea, no es que no teníamos una pileta; no teníamos agua: así empecé a hacer pesas yo, con los tachos de veinte litros de aceite YPF. Los usábamos para ir a buscar agua hasta la única canilla que había en la cuadra, para que mi vieja pudiera lavar, cocinar, todo. Y para bañarnos también: con la mano sacabas el agua del tacho y te la pasabas

por la cara, por los sobacos, por las bolas, por los tobillos, entre los dedos. Lavarse la cabeza era más complicado, te imaginas, y en invierno más valía zafar.

La verdad, la verdad, no teníamos mucho para divertirnos, pero con mi amigo el Negro hacíamos barriletes y los vendíamos. Aparte tenía la pelota, claro. La primera pelota que tuve fue el regalo más lindo que me hicieron en mi vida: me la dio mi primo Beto, Beto Zárate, hijo de la tía Nena. Era una número uno de cuero; yo tenía tres años y dormí abrazándola toda la noche.

Yo siempre digo que fui un profesional de chiquito: jugaba para el equipo que primero me venía a llamar; a veces en casa no me dejaban y yo lloraba como loco, pero cinco minutos antes del partidito, la Tota siempre me daba permiso. A don Diego costaba más convencerlo.

Yo lo entendía a mi viejo, ¿cómo no iba a entenderlo si se deslomaba para que pudiéramos comer y estudiar? Eso era lo que él quería, que estudiara. Claro, él había llegado a Fiorito desde Corrientes por el año '55. Después que la Tota, eso sí. Porque la Tota se vino primero, con mi hermana la Ana, la mayor, al hombro. En Fiorito ya vivía una tía mía, Sara, y fue ella la que le dijo que en Buenos Aires iban a estar mejor. En Esquina se había quedado esperando novedades mi viejo, con Rita, mi otra hermana, y mamá Dora, mi abuela, un fenómeno. Allá era lancharo, trabajaba para Don Lupo, Guadalupe Galarza: en barquitos llevaba animales a las islas cuando el río bajaba y volvían a buscarlos cuando llegaba la creciente, para llevarlos otra vez a los campos. Vivía en el río, conocía todos sus secretos. Y todavía los conoce. Allá tenía muchas de las cosas que le gustaban, cosas que compartimos todavía: pesca, asado y fútbol. Es el día de hoy que una de mis salidas preferidas es la pesca. Nunca nadie hará un asado más rico que el de mi viejo. Según me contaron siempre, jugaba realmente bien al fútbol, le pegaba como una mula. La cosa es que cuando la Tota lo llamó, se largó para Buenos Aires a conseguir un

trabajo. Lo consiguió... Bueno, eso de trabajo es un decir: en la molienda Tritumol laburaba desde las cuatro de la mañana hasta las tres de la tarde.

La cosa es que se instalaron como pudieron. No fue fácil, ¿eh?, nada fácil. Alquilaron una casilla, primero. Después, se mudaron a otra, un poquito, un poquito, nada más, mejor. Y a lo último llegaron a una casita con mucha chapa y madera y algunos ladrillos, cerca de la esquina de Azamor y Mario Bravo. Ahí está, todavía de pie, esa casita, casi igual. Ahí nacieron Elsa, María, después yo, Raúl (el Lalo), Hugo (el Turco) y Claudia (la Caly).

Había que laburar mucho para alimentar tantas bocas. Había que laburar mucho y mi viejo se mataba. Por eso yo trataba de hacer las menos cagadas posibles, pero... A veces mi viejo cobraba y me compraba zapatillas y yo las rompía enseguida porque jugaba a la pelota todo el día. ¡Era para llorar! Y en realidad llorábamos, porque encima de que se rompían, mi viejo me fajaba... Pero ojo, no lo cuento para recriminarle... Eran otros tiempos y eran otras costumbres... ¡Mi viejo no tenía tiempo de hablarme! Y entonces me tenía que pegar. Mi viejo no tenía tiempo para decirme como yo hoy le puedo decir a Dalma o a Gianinna: «Vení, vení que quiero explicarte esto». Mi viejo tenía que dormir aunque sea un ratito para ir al otro día a las cuatro de la mañana a la fábrica, porque si no se pudría todo en casa y no había para comer. Esto lo cuento para que todos sepan que hay muchas familias obligadas a vivir así y de paso para reconocer que me sirvió de experiencia, de mucha experiencia. Es el día de hoy que reconozco a mi viejo, a don Diego, como la persona más buena que conocí en mi vida, y repito, para ellos, para él y para la Tota también: si me piden el cielo, se los doy.

Esto es lo que quiero transmitir: a mí se me hizo la piel más dura por lo que viví en Fiorito y después también; pero los sentimientos no me cambiaron nunca. Ni me cambiarán. Cuando digo lo que quiero transmitir estoy diciendo que a

los ídolos la gente los tiene en sus casas, bien cerca, pueden tocarlos. No es que los ven por la tele o en las revistas; están ahí... Por eso siempre digo que no soy ni quiero ser ejemplo. En todo caso, para mis hijas sí; a ellas me debo, ellas podrán juzgarme.

La verdad es que, gracias a mi viejo, a mí nunca me faltó de comer. Por eso tenía buenas piernas, aunque era flaquito. En otras casas por ahí los pibes no comían todos los días, y entonces se cansaban antes que yo. Eso me hacía un poco diferente a los demás: que tenía buenas piernas y que comía. Nunca pensé, nunca, que había nacido para jugar al fútbol, que me iba a pasar todo lo que me pasó después. Tenía mis sueños, sí, como ese que quedó grabado en la televisión, cuando ya era más conocido y dije que mi sueño... era jugar un Mundial y salir campeón del mundo con Argentina, pero era el mismo sueño de todos los chicos, como cualquiera. Lo que sí sentí fue que con la pelota era diferente a los demás, que en cualquier picado que me ponían lo resolvía, lo ganaba yo siempre. Así como en la vida se elige, en los picados también: siempre eligen los dos más grandes y ahí se arma todo. Y bueno, al Pelusita siempre lo elegían primero en los picados.

Siempre jugábamos a la vuelta de casa, en las Siete Canchitas. Eran unos potreros enormes, algunas canchas tenían arcos y otras no. ¡Las Siete Canchitas, como si fuera uno de esos complejos que hay ahora, con césped sintético y esas cosas! Aquéllas no tenían ni césped ni sintético, pero eran maravillosas para nosotros. Eran de tierra, de tierra bien dura. Cuando empezábamos a correr se levantaba tanto polvillo que parecía que estábamos jugando en Wembley y con neblina.

Una de esas canchitas era la del Estrella Roja, el equipo de mi viejo, donde yo jugaba sí o sí. Otra era de Tres Banderas, del papá de un amigo mío, el Goyo Carrizo. ¡Estrella Roja contra Tres Banderas era como Boca contra River! Era muy común eso, en aquellos tiempos, y creo que ahora

también: los padres a los que les gusta mucho el fútbol arman equipos y hacen jugar a los pibes. A veces por plata y todo. La cosa es que nosotros éramos el clásico del barrio. Pero con Goyo todo bien. Tan bien que un día, a mediados del '69, en la escuela donde éramos compañeros de grado me dijo:

—*Diego, el sábado fui a Argentinos Juniors a entrenar y me dijeron que llevara pibes a probarse, ¿querés venir?*

—No sé, le tengo que preguntar a mi viejo, no sé...

La verdad era que yo sabía que si le pedía a mi viejo que me llevara era gastar plata en boleto y sacarle a él tiempo de descanso. Y eso me frenaba. Pero, claro, como me pasaba siempre cuando algo tenía que ver con mi viejo, le conté a mi mamá que me gustaría ir, que esto y que lo otro... La Tota cumplió, como siempre: le contó a mi viejo y él decidió que averigüemos todo a ver cómo era, que él me iba a llevar... ¡Para qué! Salí corriendo para la casa del Goyo más rápido que Ben Johnson. Eran como tres kilómetros, tenía que cruzar Las Siete Canchitas, y llegué así, sin aire, y le dije: «Goyo, voy, voy, me dejan, ¿cuándo es?». Falaban unos días todavía, que para mí fueron como un siglo.

Con mi viejo lo pasamos a buscar a Goyo y a Montañita, otro pibe del barrio que jugaba bien. De Fiorito fueron un montón de pibes más, pero nosotros tres fuimos juntos y nosotros tres quedamos.

Ya el viaje fue una aventura. Hice por primera vez el trayecto que después iba a repetir miles de veces. Salimos de Fiorito en el verde, como le decíamos al 28, y en Pompeya nos tomamos el 44, para llegar hasta Las Malvinas, que era donde se entrenaba Argentinos en Tronador y Bauness. Juro que para mí cruzar el Puente Alsina era como hoy es pasar el puente de Manhattan, lo juro.

La cosa es que llegamos a Las Malvinas. Había llovido tanto que, cuando por fin estuvimos todos juntos, nos informaron que no se podía jugar para cuidar las canchas. ¡Qué desilusión! Creo que si los pibes nos poníamos a llorar

inundábamos todo y ahí sí que no se iba a poder jugar más. Entonces Francis, que es un fenómeno, y manejaba todo ahí, dijo: *No se hagan problemas, agarremos el Rastrojero de don Yayo y vamos al Parque Saavedra, que ahí sí vamos a poder jugar.*

Francis era Francisco Gregorio Cornejo, el creador de Los Cebollitas, un grupo de chicos de la clase '60 armado para jugar en cuanto torneo se presentara antes de llegar a los 14 años, que era cuando Argentinos los podía fichar en la AFA y arrancar con la novena división. Y don Yayo era José Emilio Trolla, su ayudante, un hombre más o menos de la misma edad que él, que era el dueño de la camioneta con la que nos llevaban a todas partes.

En el Parque Saavedra armaron dos equipos. En la segunda tanda entramos nosotros y a mí me tocó jugar con Goyo. Aunque siempre habíamos sido rivales, nos entendíamos de memoria y les pintamos la cara. Tiré caños, taquitos, sombreros, hice un par de goles, no me acuerdo cuántos. Lo que sí me acuerdo fue que Francis le dijo a Goyo que siguiera yendo, que me quería ver otra vez. Pero lo que él no creía es que de verdad yo tuviera nueve años. Entonces me encaró, con cara seria...

—*Nene, ¿seguro que sos del sesenta?*

—*Sí, don Francis...*

—*A ver, mostrame los documentos.*

—*No, los dejé en casa...*

Era cierto, pero él no me creía. Tiempo después me confesó que pensaba que yo era un enano.

Para esa época ya se había hecho amigo de mi viejo, que confiaba en él y en don Yayo como si fueran de la familia. Por esa confianza es que yo termino en Argentinos y no en otro equipo. Viviendo donde vivíamos podría haber ido a Independiente o a Lanús... River no creo... Si ahora pudiera elegir me quedaría con Boca, con Boca... Ojo que en aquel tiempo yo, mientras me iba formando como jugador, estaba enamorado de Bochini. Me enamoré terriblemente y

confieso que era de Independiente en la Copa Libertadores, a principios de los setenta, cuando estaba por dar el salto de los Cebollitas a la novena, porque ¡Bochini me sedujo tanto! Bochini... y Bertoni. Las paredes que tiraban Bochini y Bertoni eran una cosa que me quedó tan grabada que yo las elegiría como las jugadas maestras de la historia del fútbol. También me gustaba el Beto Alonso, porque era zurdo y a mí me parece que, no sé, los zurdos somos más vistosos. Ahí está el caso de Rivelinho, el mejor ejemplo. Creo que eso es lo único que no tuvo el Bocha: zurda. Pero amagaba con el pie por arriba de la pelota... y los defensores se caían. Yo pensaba: «No puede ser, no se entiende. Yo engancho para pasar a uno, lo encaro y tengo que correr la pelota para pasarlo». El Bocha no la corría; hacía así, se inclinaba, y la pelota seguía ahí, y los defensores igual se caían de culo. La verdad, a los 16 años decían que me quería comprar Independiente: en esa época soñaba con jugar con el Bocha; después, se me pasó.

Pero yo los miraba a todos, y aprendía. Mientras tanto, con los Cebollitas le íbamos ganando a todos los que nos ponían enfrente. Ganamos 136 partidos seguidos, los tengo anotados en un cuaderno que me regalaron Francis y don Yayo. Claudia lo tiene guardado como un tesoro... ¡Si me contaran los goles que hice ahí, tengo más que Pelé! Pero, claro, eso no se puede probar, aunque yo sé que los hice. Me acuerdo que perdimos el partido que nos cortó la racha en Navarro, porque nosotros íbamos a jugar a todas partes. ¡Era un equipazo! Ahí fue donde yo empecé a ser jugador de fútbol, jugador de verdad, porque yo en Fiorito lo que hacía era correr atrás de la pelota.

Jugaba siempre de cualquier manera: una vez, hasta con siete puntos de sutura en una mano y todo vendado. Resulta que estábamos por sentarnos a comer con Goyo, en mi casa, y la Tota me pidió que le fuera a buscar un sífon, que no había soda. Nos fuimos corriendo con el Goyo y, cuando volvíamos doblo en la esquina y me pego un po-

rrazo. ¡Un porrazo terrible! Se me reventó el sifón y me hice un tajo enorme en la mano. ¡Para qué! A mí me dolía todo lo que se me venía: el corte, el susto de la Tota, la paliza de mi viejo y sobre todo el partido del día siguiente. Porque era viernes y el sábado teníamos que jugar en Banfield. Me llevaron al hospital, donde pudieron, y me cosieron y me pusieron una venda enorme, parecía La Momia.

Al día siguiente me fui con los pibes en el Rastrojero de don Yayo. Tenía miedo de que Francis no me pusiera y que encima me retara, porque, la verdad, le teníamos un respeto que se parecía bastante al miedo. Ya en el vestuario, la cosa fue que Francis me llamó y me preguntó...

—*¿Qué le pasó en la mano, Maradona?*

—Me caí y me corté, don Francis. Pero puedo jugar...

—*¿Qué? ¡Ni loco! Usted así no puede jugar.*

Pegué media vuelta y me volví al banco, donde me estaba cambiando, mordiéndome los labios para no llorar. El Goyo me vio y lo encaró a Francis...

—*Déle, Francis, déjelo jugar, aunque sea un ratito. Si Don Diego le dio permiso.*

Francis frunció la cara y gruñó algo así como *...está bien, pero un ratito*. A mí me volvió el alma al cuerpo... No jugué un ratito; jugué todo el partido: ganamos 7 a 1 y yo hice cinco goles.

En el equipo nuestro estaba el hijo de Perfecto Rodríguez, el Mono Claudio, que era un ocho excepcional. El nueve era Goyo, el diez era yo y el once, Pólvora Delgado. Pero el papá de Rodríguez estaba muy vinculado con Charcarita, y cuando llegamos a la edad de novena división se llevó al hijo para allá y nos desarmó el equipo. Francis tuvo que poner a Osvaldo Dalla Buona, que fue uno de mis mejores amigos pero era un picapiedra terrible, y entonces se complicaba la historia. Se complicaba. Así nació el clásico de inferiores, el Argentinos nuestro contra el Chacarita del Pichi Escudero y el Mono Rodríguez. Ganamos nosotros porque marcábamos la diferencia... por la izquierda. Una